

Reflexiones Sobre Sudáfrica

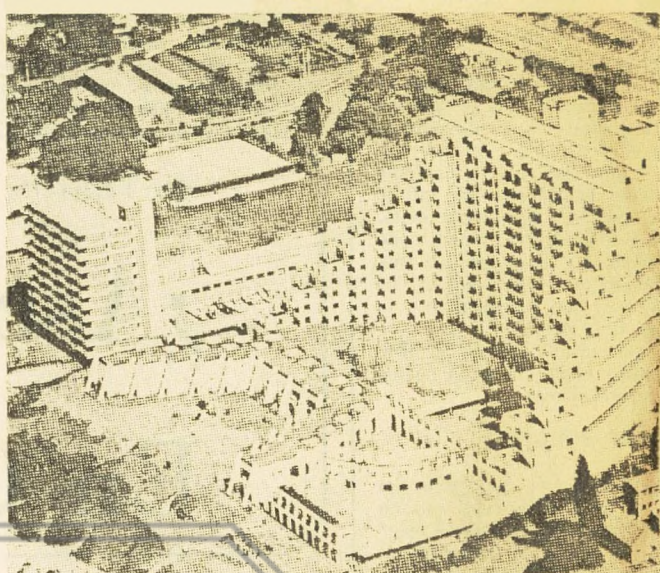
Con motivo de los conflictos y problemas actuales en Sudáfrica, afloran a mi mente los grandiosos funerales que presencié, no hace mucho, de la famosa cantante y danzarina Josephine Baker. Y pienso en la actitud de los países **no racistas**, como Francia.

Había nacido Josephine en los suburbios de Nueva York, dentro de una familia mísera y desvalida. Pertenecía a una raza humillada, pero se sobrepuso y, al llegar a París como emigrante, se apresuró a tomar la nacionalidad francesa. Triunfó en las tablas. París es así: transforma a los seres, los levanta, los crea. Y, de la pobre niña humillada, supo hacer una estrella. Pero Josephine estaba sola, pese a sus éxitos de teatro. Entonces concibe la idea de ir adoptando, uno a uno, a cuarenta niños pobres de diferentes razas y de formar con ellos un hogar que mantiene junto a ella, en un castillo de las cercanías de París. Alimenta y sostiene con su arte a la improvisada familia y con este gesto da al mundo una lección de hermandad. El ambiente en su hogar semeja una tapicería medieval: hay

niños negros, amarillos, blancos.

El día de sus funerales quedó grabado en mí. Desbordaba la Place de la Madeleine con una multitud que la llenaba como un brazo de mar. Siento las pulsaciones de esa multitud que me ahoga. De cada farol de la plaza cuelga una corona. Imposible llegar a la iglesia. Aparece por fin el féretro sobre una cureña del ejército, envuelto en una bandera francesa. Todas las campanas de París repican. Preside el cortejo, a pie, la Princesa Grace de Mónaco, mecenas de la cantante en sus horas difíciles. Siguen los cuarenta hijos adoptivos, llevando los cordones del ataúd. Y un silencio delirante —si es que puedo usar esa imagen que parece paradoja— llena la atmósfera. Es que de nuevo está allí, vivo, el negro cuerpo que ondula, de nuevo resuena la voz de plata. Mucha gente cae de rodillas, en plena calle. Otros lloran. Yo a mi vez me postro, como ellos, y pienso en esa adolescencia macabra y en el estrepitoso éxito posterior. El espectáculo me ha remecido hasta el alma.

A raíz de las exequias reli-



Sector de Cabaña Beach, Sudáfrica.

gias, regreso lentamente. Sigo pensando en el Tercer Mundo. Y, al llegar a mi hotel, busco instintivamente la obra sobre su viaje a Sudáfrica que escribió mi hijo Alfonso, prematuramente fallecido. En sus páginas cuenta que le fue dado visitar siniestras prisiones en que purgan faltas **no cometidas** cuarenta mil negros, injustamente encarcelados por sólo cuatro mil blancos que son sus verdugos y cuyo propósito es despojarlos del oro que les pertenece. Este ensayo es una protesta viva de tal iniquidad. Para robarles el precioso metal, las organizaciones blancas no trepidan en usar grilletes y látigos contra seres inocentes e indefensos.

En un pasaje, Alfonso escribe así: "El relato crudo y fragmentario de lo que allí dentro ocurre no puede explicar en su horror lo que son esos muros de humedad y tinieblas. Y lo realmente grave, la zona en que realmente se aposenta el demonio, es una en que ya no se

resbala ni se habla. Es demasiado sordida y demasiado oscura para ser expresada". Y más adelante: "Los negros de Sudáfrica cumplen pena perpetua bajo el control de los "ángeles" de las huestes satánicas... y en verdad, el Infierno queda así reconocido sobre el mapa terrestre".

Un conocido escritor argentino, entusiasmado con este ensayo, me decía: "más que un alegato a favor de los negros cautivos, este libro de su hijo es una elegía, un clamor angustioso, un grito de dolor frente a su impotencia de poder ayudar con su palabra a seres inocentes y ultrajados".

Si. Con motivo de los conflictos del Tercer Mundo he recordado todo esto, y me he sumido en un dolor que vive más allá de todo racionio. He recorrido de nuevo caminos que estaban clausurados desde hace algún tiempo y he abarcado aquella inquisición tardía con su rumor secreto y lejano que hiera mi oído.

MARIA FLORA YANEZ